Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
5	9	3	1	4	0
7	8	1	2	0	1
5	3	6	0	1	1
9	4	6	5	0	1
7	5	0	1	1	0
8	9	6	2	1	0

LA ESCENA



Página/2/3

Verano/12

COLORES QUIETOS

(Por Marcos Mayer) En días como ésos no podía hacerse otra cosa que fumar. Repetir hasta el asco todos los rituales del tabaco como la única forma de que el tiempo pasara. Girar el cigarrillo entre los dedos para contemplarlo, golpearlo contra el vidrio del reloj y hacer que las hebras descendieran por debajo de la línea del papel y aspirar cada bocanada para evitar que se volviera simplemente vicio, pura mecánica pulmonar. En definitiva, para que fumar fuera algo bastante distinto a la respiración. Piensa, mientras apoya los antebrazos sobre la molesta porosidad de las barandas de granito de la costanera y juega a vigilar el auto estacionado unos metros detrás suyo. Imagina, una vez más, que hay multitud de historias a su alrededor, una vieja convicción de que basta saber mirar para que aparezcan los hilos de un relato pródigo de sucesos. Había pasado bastante tiempo siguiendo con los dedos las inscripciones talladas en las mesas de madera y había mirado con detenimiento curioso (enfermizo diría alguno) caras plenas de arrugas para sonsacar de tanta piel plegada lo que suponía un dechado de historia. Había llegado a detenerse por horas ante las molduras y balcones de los edificios y rondaba las estatuas y las pinturas. Incluso confiaba en lo que podía devolverle el espejo. Colocaba las alas del botiquín en paralelo y trataba de juntar la imagen del frente con los perfiles enfrentados. Al fin, las historias surgían pero, sin motivo aparente, se quedaban estancadas, se trababan, empezaban a tartamudear, lo que lo iba transportando a un fastidio que obligaba a dejarlas de lado hasta el próximo recomienzo.

Pero esa noche ni siquiera algo de eso llegaba. Y había escapado en busca de aire fresco. El verano era así, un cuadro inmóvil y el paisaje del río no hacía más que acentuar esa impresión. Como un manto de hule mal plegado se ofrecía así, brutalmente quieto, ante los ojos que le exigían y rogaban alguna señal de vida, un mínimo conato de furia natural. Se dio vuelta fatigado y percibió que algo sucedía. Allí estaban los faroles que, a pesar de estar encendidos, no daban ninguna luz. Eran apenas una mancha amarillenta, rodeada de un halo entre leve y transparente. Manchas como si alguien hubiera lanzado contra la negrura del cielo puñados de pintura fosforescente, algo que, indudablemente, no era la luz. Sólo un color quieto en la oscuridad. Duró un instante pero alcanzó para hacerlo decidir que ya era suficiente. Sólo el tiempo necesario para decidirse a regresar. Apagó el cigarrillo contra la piedra porosa y pensó, estúpidamente, que era el último.

Ricardo Cámara nació en Buenos Aires en 1944. Es periodista y se desempeñó como jefe de redacción de "Panorama", director de "Siete Días", subdirector de "Tiempo Argentino", gerente de noticias de Canal 13 y director de noticias de ATC. Ha publicado cuentos en diversas revistas. El relato que se publica a continuación forma parte del libro titulado "El regreso" que se editará este año.

LA

La clase de mujer que vi llorar aquella tarde únicamente podía conceder diez o veinte lágrimas cuando alguna ocasión la acicalaba en los aeropuertos, para la escena. Era enjuta y de porcelana. De perfil en el aire, yo veía desde abajo su cutis intacto, la delicada piel sin fibras sobre sus pómulos de acabado en los aeropuertos, para la escena. Era enjuta y de porcelana. De perfil en el aire, yo veía desde abajo su cutis intacto, la delicada piel sin fibras sobre sus pómulos de acabado en marfil. En esa cara limpia de aguas raras, astuta en su higiene, de pronto salpicaron lágrimas. Era posible que desde los tiempos del convento, rememorados en monólogos sin destino —yo sentado en la banqueta vieja de la cocina, o tendido sobre el hule de la mesa, o buscando al as de oros entre los naipes corrugados en grasa— esa mujer no hubiera llorado jamás. Vivió siempre con los pómulos en el sitio debido. Hasta que con su lengua de medidas perfectas —limpia, húmeda sólo lo imprescindible— buscó algo en el aire de aquella tarde del aeropuerto, entumeció su mejilla derecha formando cavidades desconocidas en esa cara, esa escena que yo miraba desde abajo, y lloró un poco, diez o veinte gotas, pero con sal verdadera. En la pista el avión de mi padre levantaba vuelo.

Habíamos llegado a la terraza de baldosas rojas, atravesando molinetes de veinte centavos por persona. Recuerdo que crucé los molinetes a toda velocidad, pues habían dicho que mi padre caminaría por la pista hacia el avión y que tal vez le permitirían saludarnos si llegábamos temprano a la terraza. Hacía muchas noches que pensaba en esa escena colosal: mi padre junto al avión. El avión, plateado. Durante muchas noches casi no dormí anticipando la escena; pero cuando aquella tarde quise trepar las escaleras hacia la terraza de baldosas rojas, la mujer detuvo su aliento y ordenó mi compostura. *Nos están mirando*, dijo secamente. En línea con mi tío, implantándome a su lado con el torniquete de su mano derecha, fuimos juntos y lentamente hacia el recuerdo afiebrado de la terraza: mi padre junto al avión. Cuando llegamos, la máquina carreteaba lejos y fue entonces que la mujer empezó a llorar sus lágrimas de a poco mientras yo —que había perdido la escena soñada de ver lo que había visto: mi padre en el centro de la pista, junto al avión, más grande que las aspas de las cuatro hélices, impecable en su traje gris, saludándome con el brazo en alto y enviando para mí el mensaje secreto de que volveríamos a encontrarnos porque alguien anunciaría, en el momento adecuado, la primicia— la miraba desde abajo, atónito, sin poder creer que la escena soñada fuera ésa: esa mujer arrancándose lágrimas a su armoniosa exactitud, al emplasto de terciopelo y crema amarilla de sus pómulos jamás vencidos.

Pensé en eso. Volvimos en un colectivo, después de achicharrarnos en la fila de los argentinos. Todo el viaje estuve pensando. ¿Habrá sido así, pensé, o acaso esta mujer que sobrepuso su inesperado llanto, que nubló mi sueño con la notificación de una lágrima que yo sólo había escuchado relatar, y cuyo relato incesante y repetido siempre retumbó en mi cabeza como la molienda de una voz cascada en piedra en largas noches de monólogo, lágrimas narradas, lágrimas que yo jamás había visto rodando por su cara, quiso decirme: éstos son mis asuntos, mi sal verdadera, existiendo en mi cara sólo para que la veas hoy, en la escena? Pensé durante todo el viaje.

* * *

Estaba en la zanja del fondo y allí me quedé escondido cuando se acercó mi tío. Escuché:

—Hay tres cartas, las tres abiertas.

Mi tío maneja una calesita en la estación antigua. Gira en la calesita muchas veces por día, sospecho que en silencio. Habla únicamente cuando está solo, en el extremo fondo de mi casa, y supone que nadie lo escucha. Como vive en una pieza, hacia el final del fondo, siempre atrae la curiosidad de los inspectores. Cuando palpan sus cosas, no encuentran nada. Lo único que esconde son las cartas del historiador ex amigo suyo y ahora también las tres que envió mi padre. Pero yo sé dónde las esconde y siempre las leo.

En el aeropuerto mi tío no lloró, porque no estaba en la escena. La mujer, en cambio, cuidaba sus pómulos y vigilaba el agua de sus párpados en el espejito de la cartera, preparándose. Había sido algunos meses antes cuando, en el comienzo de la escena, empezó a insinuar la incontenible narración de sus lágrimas. El relato nació una noche mientras jugábamos a la escoba de quince sobre el hule de la mesa, en la cocina. Mi padre trabajaba hasta la madrugada; mi tío había escapado con la radio hacia la piecita del fondo. Fue entonces que la mujer contó. Dijo: *en el otro pasado, cuando fui niña, hubo una escena*. Contó una vez la historia, y la historia de la escena. No dijo que había sido la única. Un mes después repitió el relato mientras escuchábamos la radio y mi tío se escabullía en el espacio del fondo.

La escena cabía en un papel araña azul, o en un zapato. La mujer envolvía con papel araña sus cuadernos de clase. *El mundo se caligrafiaba en las hojas del cuaderno*, decía la mujer. Aquella noche contó que la monja de las Hermanas Mínimas se hizo cargo del cuaderno con una sonrisa cómplice y que le clavó la vista en el hombro, no en los ojos que ella había preparado especialmente —abiertos sólo un poco, dispuestos a la devoción, sin un rastro de agua—. La monja no la miró en sus ojos, y era como si le dijera: es inútil. Entonces fue hojeando despacio el cuaderno forrado en papel araña azul, acariciando con su mano, vigilando, el dibujo y el relieve de cada letra o palabra, hasta que llegó a la página en que la escena comienza y termina en un instante y se prolonga hasta hoy que, siendo niño, recuerdo el zumbido y los semitonos del relato de esa mujer sobre el momento del mundo en que por primera vez, por casi única vez, lloró.

Por razones que más adelante trataré de encontrar (¿dónde?, ¿cómo?) no voy a repetir ahora nada del lento goteo, incesante y siempre inacabado, del relato de aquellas lágrimas. Ella era una niña feliz y una alumna ejemplar en el convento de las Hermanas Mínimas. El apacible mundo de entonces se caligrafiaba, en un cuaderno forrado en papel araña azul. Hasta que una tarde esa mujer lloró. La escena fue contada ante mí muchas veces y yo no puedo ahora reproducirla, ni grabarla, ni ponerla en acción, ni dibujarla. Es incomprensible, pero no puedo hacer nada de eso, ni lo haré, pese a que conozco todos los detalles y sus ramificaciones. ¿Qué pasó aquella tarde?, me pregunto muchas veces. Quizás algún día encuentre el código, o las palabras, o el significado de las palabras en la resonancia. Aquella tarde, en el convento, inclinada ante la ira y la sorpresa helada de la Hermana Mínima, la mujer lloró, por primera vez en su vida. Y mucho tiempo después, hacia la época en que misteriosamente dedujo —no se sabe informada por quién, ni mediante qué sistema de relevos y postas decodificadas en alfabetos proscriptos— que mi padre había sido designado para el viaje, la mujer comenzó a narrarme sus lágrimas.

Desde que tengo cierta memoria afinada por la escucha, siento en el cuerpo el relato de esas lágrimas, sobre el hule de la mesa, en la cocina. La mujer nunca habla de las guerras o del otro pasado, salvo cuando monologa sobre las lágrimas del convento. *Aquello fue algo terrible, propio de la época*, dice. Y cuenta sus lágrimas. Pero también pasan días enteros sin que yo escuche de la mujer otra cosa que los mandatos iniciáticos e inexorables del cumplimiento del deber, la compostura y el destino, como cuando me impidió disfrutar la escena, en el aeropuerto.

—Nos están observando —dice siempre.

—No vayas a la zanja. La zanja es un sinónimo, un resto. Cuando seas grande te voy a explicar.

Nadie necesita explicarme nada. Yo sé que la zanja es un sinónimo y que esa degradación viene de cuando los muertos vencidos se tiraban a las cunetas y quedaban allí para la infección. Esa mujer no tiene nada que explicarme porque en las cartas de mi tío, escondidas bajo un zócalo borrado de los fondos, está toda la historia. La mujer no quiere, pero yo voy a la calesita a dar vueltas y a veces ayudo a mi tío en la reparación de piezas débiles de motores antiguos. Cuando puedo también escapo al extremo del fondo y descanso junto a la zanja estancada, con la infección. Estaba allí una tarde, después del día en el aeropuerto, pensando en el regreso de mi padre, cuando escuché que mi tío se acercaba hablando solo:

—Hay tres cartas más, las tres abiertas.

* * *

Creo que nunca, ni siquiera ahora, podré hablar de las cartas. Las recuerdo muy bien, por supuesto, porque cuando llegaron estaba en la edad correspondiente y las cartas permanecieron mucho tiempo en el espacio sin fin del extremo del fondo, bajo un zócalo borrado. Mi tío, que era muy hábil reparando la carburación fina de las válvulas usadas, en el motor desguasado de la calesita, borró una vez un zócalo frotándolo con la manga de un saco viejo. El zócalo desapareció en un santiamén, porque el saco venía de las guerras del otro pasado. Era un saco sin codos, pero en manos de mi tío borraba zócalos. De modo que ahí debajo, donde no había nada, estaban las cartas: eran como veinte del historiador ex amigo de mi tío y las tres que mi padre envió después de la escena.

Sería imprudente y poco útil que antes del momento adecuado, yo, bisnieto de un argentino, hablara de esas cartas. Si lo hiciera no pasaría nada; por lo tanto, no diré nada, pues ¿cuál podría ser el sentido de relatar algo sin consecuencias? Estoy por cumplir doce años y lo que ahora me interesa son las aguas negras y la zanja de espumas y detergentes del extremo fondo de mi casa. Guardo silencio sobre las cartas porque nadie conoce lo que ellas revelan; y si los inspectores no las descubren, no habrá estela para esas cartas, ni huellas en las rastrilladas, ni memoria, salvo la mía. Por eso, ahora sólo recuerdo únicamente las manchas de aceite mal lavadas en la vieja tela de hule sobre la que esa mujer repartía los naipes y relataba sus lágrimas.

Era así: después de la escena del convento, de la ignominia y la expulsión, la mujer lloró sin olvido ni descanso. Apenas amanecía, su garganta comenzaba a gemir sin que ella misma se diera cuenta y aun antes de que despertara. Y cuando abría los ojos todos escuchaban de qué modo aquello seguía: eternamente. Ante el hule manchado, jugando a la escoba mientras mi padre hacía horas extras como reparador nocturno de calesitas, la mujer narraba sus lágrimas. Contaba que el sonido del llanto se apagaba un poco a la hora de la siesta, y prorrumpía otra vez al atardecer. Cuando llegaba la noche, la niña hundía sus ojos nuevamente en la sombra azul araña de su cuaderno perfecto, en la impecable caligrafía del maravilloso porvenir. Entonces la atacaba otra vez la congoja, y le temblaba el pie.

Siguió llorando durante años, desde el amanecer hasta la noche. Y mucho tiempo después, frente a la mesa de hule gastado ante su hijo, la mujer que relataba sus lágrimas dijo que había llegado a saber —no en esa época, no cuando bramaba completamente sola en su cuarto del primer piso mientras abajo la tertulia de los amigos de sus padres hervía con los presagios, el entusiasmo y las maravillas del porvenir; no en esa época, sino mucho después, cuando todo concluyó y los sucesos del otro pasado desaparecieron en la memoria de los muertos vencidos— había llegado a saber algo tan importante que ahora estaba obligada a contarlo noche a noche sobre el hule sucio de la mesa, en la cocina.

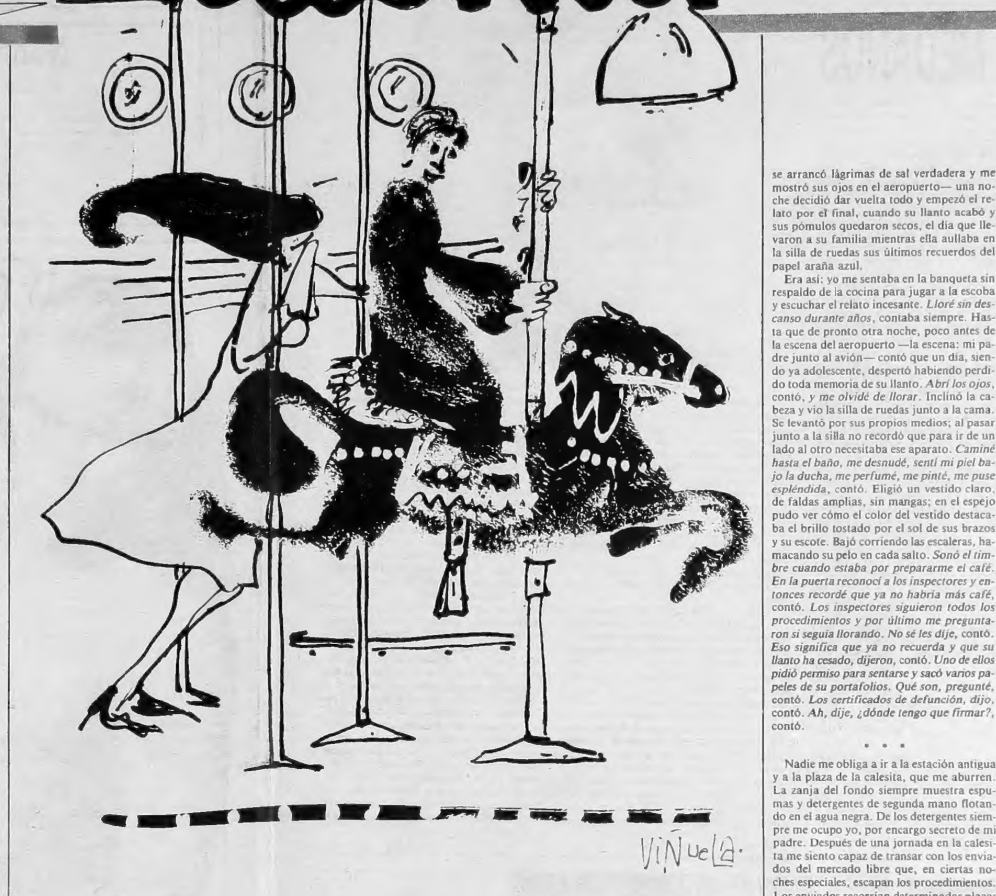
—Estoy empezando a cansarme —decía—. Así que quiero contarte.

Y yo la escuchaba. Creo que la mujer, mi madre, repentinamente advirtió en un destello de su época —o sea: mientras caminaba su travesía, en el origen— que nunca había llorado frente a su hijo, quien no conocía sus lágrimas y siempre formulaba preguntas mudas, preguntas que no tenían causa, ni consecuencia, ni respuesta. ¿Cuándo empezó? ¿Quiénes? Entonces decidió contarme

LA ESCENA

Por Ricardo Cámara

Ricardo Cámara nació en Buenos Aires en 1944. Es periodista y se desempeñó como jefe de redacción de "Panorama", director de "Siete Días", subdirector de "Tiempo Argentino", gerente de noticias de Canal 13 y director de noticias de ATC. Ha publicado cuentos en diversas revistas. El relato que se publica a continuación forma parte del libro titulado "El regreso" que se editará este año.



La clase de mujer que vi llorar aquella tarde únicamente podía conceder diez o veinte lágrimas cuando alguna ocasión la acicalaba en los aeropuertos, para la escena. Era enjuta y de porcelana. De perfil en el aire, yo veía desde abajo su cutis intacto, la delicada piel sin fibras sobre sus pómulos de acabado en los aeropuertos, para la escena. Era enjuta y de porcelana. De perfil en el aire, yo veía desde abajo su cutis intacto, la delicada piel sin fibras sobre sus pómulos de acabado en marfil. En esa cara limpia de aguas raras, astuta en su higiene, de pronto salpicaron lágrimas. Era posible que desde los tiempos del convento, rememorados en monólogos sin destino —yo sentado en la banqueta vieja de la cocina, o tendido sobre el hule de la mesa, o buscando al as de oros entre los naipes corrugados en grasa— esa mujer no hubiera llorado jamás. Vivió siempre con los pómulos en el sitio debido. Hasta que con su lengua de medidas perfectas —limpia, húmeda sólo lo imprescindible— buscó algo en el aire de aquella tarde del aeropuerto, entumeció su mejilla derecha formando cavidades desconocidas en esa cara, esa escena que yo miraba desde abajo, y lloró un poco, diez o veinte gotas, pero con sal verdadera. En la pista el avión de mi padre levantaba vuelo.

Habíamos llegado a la terraza de baldosas rojas, atravesando molinetes de veinte centavos por persona. Recuerdo que crucé los molinetes a toda velocidad, pues habían dicho que mi padre caminaría por la pista hacia el avión y que tal vez le permitirían saludarnos si llegábamos temprano a la terraza. Hacía muchas noches que pensaba en esa escena colosal: mi padre junto al avión. El avión, plateado. Durante muchas noches casi no dormí anticipando la escena; pero cuando aquella tarde quise trepar las escaleras hacia la terraza de baldosas rojas, la mujer detuvo su aliento y ordenó mi compostura. *Nos están mirando*, dijo secamente. En línea con mi tío, implantándome a su lado con el torniquete de su mano derecha, fuimos juntos y lentamente hacia el recuerdo afiebrado de la terraza: mi padre junto al avión. Cuando llegamos, la máquina carreteaba lejos y fue entonces que la mujer empezó a llorar sus lágrimas de a poco mientras yo —que había perdido la escena soñada de ver lo que había visto: mi padre en el centro de la pista, junto al avión, más grande que las aspas de las cuatro hélices, impecable en su traje gris, saludándome con el brazo en alto y enviando para mí el mensaje secreto de que volveríamos a encontrarnos porque alguien anunciaría, en el momento adecuado, la primicia— la miraba desde abajo, atónito, sin poder creer que la escena soñada fuera ésa: esa mujer arrancándose lágrimas a su armoniosa exactitud, al emplasto de terciopelo y crema amarilla de sus pómulos jamás vencidos.

Pensé en eso. Volvimos en un colectivo, después de achicharrarnos en la fila de los argentinos. Todo el viaje estuve pensando. ¿Habrá sido así, pensé, o acaso esta mujer que sobrepuso su inesperado llanto, que nubló mi sueño con la notificación de una lágrima que yo sólo había escuchado relatar, y cuyo relato incesante y repetido siempre retumbó en mi cabeza como la molienda de una voz cascada en piedra en largas noches de monólogo, lágrimas narradas, lágrimas que yo jamás había visto rodando por su cara, quiso decirme: éstos son mis asuntos, mi sal verdadera, existiendo en mi cara sólo para que la veas hoy, en la escena? Pensé durante todo el viaje.

* * *

Estaba en la zanja del fondo y allí me quedé escondido cuando se acercó mi tío. Escuché:

—Hay tres cartas, las tres abiertas.

Mi tío maneja una calesita en la estación antigua. Gira en la calesita muchas veces por día, sospecho que en silencio. Habla únicamente cuando está solo, en el extremo fondo de mi casa, y supone que nadie lo escucha. Como vive en una pieza, hacia el final del fondo, siempre atrae la curiosidad de los inspectores. Cuando palpan sus cosas, no encuentran nada. Lo único que esconde son las cartas del historiador ex amigo suyo y ahora también las tres que envió mi padre. Pero yo sé dónde las esconde y siempre las leo.

En el aeropuerto mi tío no lloró, porque no estaba en la escena. La mujer, en cambio, cuidaba sus pómulos y vigilaba el agua de sus párpados en el espejito de la cartera, preparándose. Había sido algunos meses antes cuando, en el comienzo de la escena, empezó a insinuar la incontenible narración de sus lágrimas. El relato nació una noche mientras jugábamos a la escoba de quince sobre el hule de la mesa, en la cocina. Mi padre trabajaba hasta la madrugada; mi tío había escapado con la radio hacia la piecita del fondo. Fue entonces que la mujer contó. Dijo: *en el otro pasado, cuando fui niña, hubo una escena*. Contó una vez la historia, y la historia de la escena. No dijo que había sido la única. Un mes después repitió el relato mientras escuchábamos la radio y mi tío se escabullía en el espacio del fondo.

La escena cabía en un papel araña azul, o en un zapato. La mujer envolvía con papel araña sus cuadernos de clase. *El mundo se caligrafiaba en las hojas del cuaderno*, decía la mujer. Aquella noche contó que la monja de las Hermanas Mínimas se hizo cargo del cuaderno con una sonrisa cómplice y que le clavó la vista en el hombro, no en los ojos que ella había preparado especialmente —abiertos sólo un poco, dispuestos a la devoción, sin un rastro de agua—. La monja no la miró en sus ojos, y era como si le dijera: es inútil. Entonces fue hojeando despacio el cuaderno forrado en papel araña azul, acariciando con su mano, vigilando, el dibujo y el relieve de cada letra o palabra, hasta que llegó a la página en que la escena comienza y termina en un instante y se prolonga hasta hoy que, siendo niño, recuerdo el zumbido y los semitonos del relato de esa mujer sobre el momento del mundo en que por primera vez, por casi única vez, lloró.

Por razones que más adelante trataré de encontrar (¿dónde?, ¿cómo?) no voy a repetir ahora nada del lento goteo, incesante y siempre inacabado, del relato de aquellas lágrimas. Ella era una niña feliz y una alumna ejemplar en el convento de las Hermanas Mínimas. El apacible mundo de entonces se caligrafiaba, en un cuaderno forrado en papel araña azul. Hasta que una tarde esa mujer lloró. La escena fue contada ante mi muchas veces y yo no puedo ahora reproducirla, ni grabarla, ni ponerla en acción, ni dibujarla. Es incomprensible, pero no puedo hacer nada de eso, ni lo haré, pese a que conozco todos los detalles y sus ramificaciones. ¿Qué pasó aquella tarde?, me pregunto muchas veces. Quizás algún día encuentre el código, o las palabras, o el significado de las palabras en la resonancia. Aquella tarde, en el convento, inclinada ante la ira y la sorpresa helada de la Hermana Mínima, la mujer lloró, por primera vez en su vida. Y mucho tiempo después, hacia la época en que misteriosamente dedujo —no se sabe informada por quién, ni mediante qué sistema de relevos y postas decodificadas en alfabetos proscriptos— que mi padre había sido designado para el viaje, la mujer comenzó a narrarme sus lágrimas.

Desde que tengo cierta memoria afinada por la escucha, siento en el cuerpo el relato de esas lágrimas, sobre el hule de la mesa, en la cocina. La mujer nunca habla de las guerras o del otro pasado, salvo cuando monologa sobre las lágrimas del convento. *Aquello fue algo terrible, propio de la época*, dice. Y cuenta sus lágrimas. Pero también pasan días enteros sin que yo escuche de la mujer otra cosa que los mandatos iniciáticos e inexorables del cumplimiento del deber, la compostura y el destino, como cuando me impidió disfrutar la escena, en el aeropuerto.

—Nos están observando —dice siempre. —No vayas a la zanja. La zanja es un sinónimo, un resto. Cuando seas grande te voy a explicar.

Nadie necesita explicarme nada. Yo sé que la zanja es un sinónimo y que esa degradación viene de cuando los muertos vencidos se tiraban a las cunetas y quedaban allí para la infección. Esa mujer no tiene nada que explicarme porque en las cartas de mi tío, escondidas bajo un zócalo borrado de los fondos, está toda la historia. La mujer no quiere, pero yo voy a la calesita a dar vueltas y a veces ayudo a mi tío en la reparación de piezas débiles de motores antiguos. Cuando puedo también escapo al extremo del fondo y descanso junto a la zanja estancada, con la infección. Estaba allí una tarde, después del día en el aeropuerto, pensando en el regreso de mi padre, cuando escuché que mi tío se acercaba hablando solo:

—Hay tres cartas más, las tres abiertas.

* * *

Creo que nunca, ni siquiera ahora, podré hablar de las cartas. Las recuerdo muy bien, por supuesto, porque cuando llegaron estaba en la edad correspondiente y las cartas permanecieron mucho tiempo en el espacio sin fin del extremo del fondo, bajo un zócalo borrado. Mi tío, que era muy hábil reparando la carburación fina de las válvulas usadas, en el motor desguasado de la calesita, borró una vez un zócalo frotándolo con la manga de un saco viejo. El zócalo desapareció en un santiamén, porque el saco venía de las guerras del otro pasado. Era un saco sin codos, pero en manos de mi tío borraba zócalos. De modo que ahí debajo, donde no había nada, estaban las cartas: eran como veinte del historiador ex amigo de mi tío y las tres que mi padre envió después de la escena.

Sería imprudente y poco útil que antes del momento adecuado, yo, bisnieto de un argentino, hablara de esas cartas. Si lo hiciera no pasaría nada; por lo tanto, no diré nada, pues ¿cuál podría ser el sentido de relatar algo sin consecuencias? Estoy por cumplir doce años y lo que ahora me interesa son las aguas negras y la zanja de espumas y detergentes del extremo fondo de mi casa. Guardo silencio sobre las cartas porque nadie conoce lo que ellas revelan; y si los inspectores no las descubren, no habrá estela para esas cartas, ni huellas en las rastrilladas, ni memoria, salvo la mía. Por eso, ahora sólo recuerdo únicamente las manchas de aceite mal lavadas en la vieja tela de hule sobre la que esa mujer repartía los naipes y relataba sus lágrimas.

Era así: después de la escena del convento, de la ignominia y la expulsión, la mujer lloró sin olvido ni descanso. Apenas amanecía, su garganta comenzaba a gemir sin que ella misma se diera cuenta y aun antes de que despertara. Y cuando abría los ojos todos escuchaban de qué modo aquello seguía: eternamente. Ante el hule manchado, jugando a la escoba mientras mi padre hacía horas extras como reparador nocturno de calesitas, la mujer narraba sus lágrimas. Contaba que el sonido del llanto se apagaba un poco a la hora de la siesta, y prorrumpía otra vez al atardecer. Cuando llegaba la noche, la niña hundía sus ojos nuevamente en la sombra azul araña de su cuaderno perfecto, en la impecable caligrafía del maravilloso porvenir. Entonces la atacaba otra vez la congoja, y le temblaba el pie.

Siguió llorando durante años, desde el amanecer hasta la noche. Y mucho tiempo después, frente a la mesa de hule gastado ante su hijo, la mujer que relataba sus lágrimas dijo que había llegado a saber —no en esa época, no cuando bramaba completamente sola en su cuarto del primer piso mientras abajo la tertulia de los amigos de sus padres hervía con los presagios, el entusiasmo y las maravillas del porvenir; no en esa época, sino mucho después, cuando todo concluyó y los sucesos del otro pasado desaparecieron en la memoria de los muertos vencidos— había llegado a saber algo tan importante que ahora estaba obligada a contarlo noche a noche sobre el hule sucio de la mesa, en la cocina.

—Estoy empezando a cansarme —decía—. Así que quiero contarte.

Y yo la escuchaba. Creo que la mujer, mi madre, repentinamente advirtió en un destello de su época —o sea: mientras caminaba su travesía, en el origen— que nunca había llorado frente a su hijo, quien no conocía sus lágrimas y siempre formulaba preguntas mudas, preguntas que no tenían causa, ni consecuencia, ni respuesta. ¿Cuándo empezó? ¿Quiénes? Entonces decidió contarme todo. Me tanteó, al principio, con una envolvente tertulia, una noche que mi padre hacía horas extras en las calesitas rotas y mi tío había escapado a la piecita del fondo, entre los zócalos. Y así siguió durante un tiempo. Pasaron varios meses hasta que ambos presentimos en nuestra mutua turbación (y hasta que alguien o algo innominado y gaseoso, inexistente, discretamente le envió una señal, una primicia) que pronto mi padre sería designado e iríamos al aeropuerto, para la escena. Creo que fue en ese momento que la mujer comprendió, ante las preguntas de su hijo, que ella no había llorado jamás. Y mientras la casa se alborotaba con los preparativos del viaje y el apuro de los inspectores, la mujer arrancó una noche su relato como siempre, repitiendo lo mismo, tanteándome, hasta que de pronto lo dio vuelta y comenzó al revés. Comenzó por el final, el día que los mataron a todos.

* * *

He dicho que jamás revelaré el contenido de las cartas que mi tío esconde bajo un zócalo borrado. Si lo hiciera, ¿acaso sucedería algo, estallarían los sucesos del mundo? Sólo me interesa la espuma aceitosa de la zanja y el relato de las lágrimas. Sueño con renacuajos convertidos en ranas, con larvas de peces pobres que jamás conocerán el río, nacidos en el agua estancada y dispuestos a la muerte rápida. Me gusta la pampa de olores y el albañal que se aglomera en el fondo de mi casa, donde puedo vislumbrar el espacio sin fin y ensuciarme.

Hasta ahora lo mejor de mi vida transcurrió en dirección a la zanja y otras cunetas de la infección, donde en un tiempo se atascaron los muertos vencidos del otro pasado. La mujer nunca quiso que yo mezclara mis asuntos con esos restos, meros sinónimos, decía, sucios y degradados, de lo que tal vez no sucedió nunca y que, en todo caso, nosotros jamás conoceremos. Pero yo voy igual. Ella no sabe que puedo deletrear de memoria, cada una de las cartas del historiador ex amigo de mi tío y, además, las tres que mi padre envió desde el extranjero, después de la escena. La mujer, mi madre —mujer intacta, inmóvil, que sin embargo se arrancó lágrimas de sal verdadera y me mostró sus ojos en el aeropuerto— una noche decidió dar vuelta todo y empezó el relato por el final, cuando su llanto acabó y sus pómulos quedaron secos, el día que llevaron a su familia mientras ella aullaba en la silla de ruedas sus últimos recuerdos del papel araña azul.

Era así: yo me sentaba en la banqueta sin respaldo de la cocina para jugar a la escoba y escuchar el relato incesante. *Lloré sin descanso durante años*, contaba siempre. Hasta que de pronto otra noche, poco antes de la escena del aeropuerto —la escena: mi padre junto al avión— contó que un día, siendo ya adolescente, despertó habiendo perdido toda memoria de su llanto. *Abrí los ojos*, contó, *y me olvidé de llorar*. Inclinó la cabeza y vio la silla de ruedas junto a la cama. Se levantó por sus propios medios; al pasar junto a la silla no recordó que para ir de un lado al otro necesitaba ese aparato. *Caminé hasta el baño, me desnudé, sentí mi piel bajo la ducha, me perfumé, me pinté, me puse espléndida*, contó. Eligió un vestido claro, de faldas amplias, sin mangas; en el espejo pudo ver cómo el color del vestido destacaba el brillo tostado por el sol de sus brazos y su escote. Bajó corriendo las escaleras, hamacando su pelo en cada salto. *Sonó el timbre cuando estaba por prepararme el café. En la puerta reconocí a los inspectores y entonces recordé que ya no habría más café*, contó. *Los inspectores siguieron todos los procedimientos y por último me preguntaron si seguía llorando. No sé les dije*, contó. *Eso significa que ya no recuerda y que su llanto ha cesado, dijeron*, contó. *Uno de ellos pidió permiso para sentarse y sacó varios papeles de su portafolios. Qué son, pregunté*, contó. *Los certificados de defunción, dijo*, contó. *Ah, dije, ¿dónde tengo que firmar?*, contó.

* * *

Nadie me obliga a ir a la estación antigua y a la plaza de la calesita, que me aburren. La zanja del fondo siempre muestra espumas y detergentes de segunda mano flotando en el agua negra. De los detergentes siempre me ocupo yo, por encargo secreto de mi padre. Después de una jornada en la calesita me siento capaz de transar con los enviados del mercado libre que, en ciertas noches especiales, escapan los procedimientos. Los enviados recorrían determinadas plazas ofreciendo harina de trigo francesa o tasajo alemán, quesos cordobeses o detergentes de segunda mano filtrados desde las demarcaciones de Berazategui o González Catán, en las afueras de la ciudad donde vivíamos. Los detergentes limpian, pero yo prefiero dedicarme a la zanja. En la zanja me entretengo con los renacuajos y las mariposas, los olores e insectos libres. Me gustan las burbujas sucias entre los pastos altos. Cuando llueve, el agua se limpia y corre y a veces puedo ver el fondo de latas y botellas. En la zanja todo cambia siempre, porque allí está el espacio sin fin.

Cuando estoy junto a la zanja me digo: nunca revelaré lo que cuentan las cartas sobre los secretos del tiempo estancado. No confesaré que la primera fue escrita durante los días iniciales de las guerras del otro pasado, y no es en realidad una carta sino un prólogo: es el que estoy escribiendo ahora bajo el título de *La escena* y que anticipa una historia que tal vez sea la explicación de otra historia. Durante mucho tiempo repetí sin entender las palabras alucinantes de la segunda carta. Ahora que por fin, gracias a la narración del llanto de mi madre, puedo descifrar su contenido, no cometeré la temeridad de transformarme en relator de las versiones de la historia que esa carta expone con pormenores escalofriantes. La tercera carta sólo contiene retazos de un libro de citas, que a su vez transcriben fragmentos de textos y palabras incomprensibles, algunas de las cuales puedo repetir aquí como mi madre repetía sus lágrimas: con los ojos secos.

Ese tambor de sangre es tu país. La historia visible no explica suficientemente los acontecimientos. Hay que imaginar la historia invisible. Es ilegítimo derivar "cosas invisibles" de las "cosas visibles". Pretender encontrar las causas mediante las apariencias es intentar explicar lo oscuro por lo más oscuro. Para eludir la responsabilidad de los verdaderos instigadores, la historia argentina adopta ese aire de ficción. El hecho americano es ignorado por todos: no tiene relatores. La estructura latente conforma la estructura manifiesta. La naturaleza de las cosas reside en la costumbre de ocultarse a sí misma. Todavía no sabemos; por eso contamos.[1].

Las cartas están debajo de un zócalo borrado, ocultas para todos. Aunque vengan, jamás las encontrarán.

Hay un sendero de pasto ralo que forma un espacio sospechoso entre los zócalos. El inspector mira. Pisa y retorna, pisa y retorna. Sigue de largo rumbo al fondo, pero enseguida vuelve: pisa y revuelve. Queda inmóvil un instante mientras piensa. Entonces otra vez pisa y frota, pisa y frota. Hace círculos con el taco en punta y nuevamente pisa y camina, frota, pisa y revuelve. Está en el sendero de pasto ralo y busca huellas, marcas o sinónimos.

Estoy seguro que nunca podrá encontrar las cartas escondidas ni pisar el zócalo borrado. He oído lejanas reminiscencias según las cuales antes —mucho antes, al fondo de la última napa del tiempo desaparecido, en el otro pasado— también había zócalos. Es el murmullo de una historia que personas especiales escucharon en ciertos tramos de las lomadas del Gran Buenos Aires, en la travesía por las rastrilladas. Yo no sé nada. Sólo estoy convencido que las cartas no serán jamás pisadas por los inspectores y que podré leerlas cuantas veces quiera mientras anticipo el regreso de la escena colosal —mi padre, mirándome, junto al avión: otra vez— y recapitulo las lágrimas narradas, atento a la escucha de mi madre y a las primicias que pronto serán anunciadas.

Los inspectores son amables cuando nos invitan a sentarnos en la cocina ante el mismo hule manchado donde noche a noche mi madre y yo jugamos a las cartas y ella construye su relato.

—Hable en voz baja; cuando le haga una señal, cambie y hable en voz alta. Diga lo que quiera.

Es maravillosa la voz de mi madre. Escucho el susurro hondo, el grave y lento silabeo, y la articulación plena. Cuando habla, mi madre no esconde su garganta, sino que la despliega y modula —a su garganta, no a la mera voz que sólo es su manifestación, su resultado inefable— en la ascensión de cada frase y pausa, letra y acento, y en la resonancia murmurada del sonido. Siempre me ha emocionado esa voz y recién ahora entiendo por qué.

Los inspectores no detectan en mi madre ninguna tonada o puntuación sospechosa y no encuentran en sus palabras ningún vapor o ruido primordial de origen argentino. Tampoco descubren rastros, huellas, marcas o sinónimos en la voz de mi tío o en la mía.

Es una tarde clara y está terminando el otoño; hace frío.

Después de la partida de los inspectores, los tres nos sentamos otra vez en torno a la mesa de hule sucio. Hay un silencio. Finalmente pregunto:

—¿Cómo lo logramos? ¿Cómo nunca se dan cuenta?

Mi madre parpadea. Escucho otra vez la modulación de semitonos firmes: viene la primicia, y su voz es maciza.

—Estoy enterada que pronto van a disponer el regreso de tu padre. Ni siquiera él lo sabe; tampoco los inspectores.

Alcanzo a darme cuenta que esa mujer tiene amigos capaces de anticiparle cierta deriva secreta de los días y de retener para ella, confidencialmente, la mezcla de los sucesos. Esa idea me entusiasma. Mientras miro y escucho a esa clase de mujer —pequeña, astuta en su higiene— comienzo a imaginar cómo ubicaré en su sitio cada uno de los colores, volúmenes y sonidos de las noches insomnes que nuevamente vendrán a la espera de la estampa invencible que muy pronto mi padre, junto al avión, me entregará para siempre. Por ahora eso es todo lo que sé.

[1] Madariaga, Francisco, *El pequeño patíbulo*, en *El tren casi fluvial*, pág. 41. Palacio, E., *Historia Argentina*, pág. 22. Enesidemo, versión, *El que mira cuidadosamente*, pág. 456. Scalabrini Ortiz, R., *Política británica en el Río de la Plata*, págs. 62 y 10. Heráclito, fragmentos 54 y 123, en Dick, Philip, *Aquí yace el Wub*, pág. 409. Onetti, Juan C., *La novia robada*, pág. 10.

Miércoles 26 de febrero de 1992



ESCENA

Por Ricardo Cámara

todo. Me tanteó, al principio, con una envolvente tertulia, una noche que mi padre hacía horas extras en las calesitas rotas y mi tío había escapado a la piecita del fondo, entre los zócalos. Y así siguió durante un tiempo. Pasaron varios meses hasta que ambos presentimos en nuestra mutua turbación (y hasta que alguien o algo innominado y gaseoso, inexistente, discretamente le envió una señal, una primicia) que pronto mi padre sería designado e iríamos al aeropuerto, para la escena. Creo que fue en ese momento que la mujer comprendió, ante las preguntas de su hijo, que ella no había llorado jamás. Y mientras la casa se alborotaba con los preparativos del viaje y el apuro de los inspectores, la mujer arrancó una noche su relato como siempre, repitiendo lo mismo, tanteándome, hasta que de pronto lo dio vuelta y comenzó al revés. Comenzó por el final, el día que los mataron a todos.

* * *

He dicho que jamás revelaré el contenido de las cartas que mi tío esconde bajo un zócalo borrado. Si lo hiciera, ¿acaso sucedería algo, estallarían los sucesos del mundo? Sólo me interesa la espuma aceitosa de la zanja y el relato de las lágrimas. Sueño con renacuajos convertidos en ranas, con larvas de peces pobres que jamás conocerán el río, nacidos en el agua estancada y dispuestos a la muerte rápida. Me gusta la pampa de olores y el albañal que se aglomera en el fondo de mi casa, donde puedo vislumbrar el espacio sin fin y ensuciarme.

Hasta ahora lo mejor de mi vida transcurrió en dirección a la zanja y otras cunetas de la infección, donde en un tiempo se atascaron los muertos vencidos del otro pasado. La mujer nunca quiso que yo mezclara mis asuntos con esos restos, meros sinónimos, decía, sucios y degradados, de lo que tal vez no sucedió nunca y que, en todo caso, nosotros jamás conoceremos. Pero yo voy igual. Ella no sabe que puedo deletrear de memoria, cada una de las cartas del historiador ex amigo de mi tío y, además, las tres que mi padre envió desde el extranjero, después de la escena. La mujer, mi madre —mujer intacta, inmóvil, que sin embargo se arrancó lágrimas de sal verdadera y me mostró sus ojos en el aeropuerto— una noche decidió dar vuelta todo y empezó el relato por el final, cuando su llanto acabó y sus pómulos quedaron secos, el día que llevaron a su familia mientras ella aullaba en la silla de ruedas sus últimos recuerdos del papel araña azul.

Era así: yo me sentaba en la banqueta sin respaldo de la cocina para jugar a la escoba y escuchar el relato incesante. *Lloré sin descanso durante años*, contaba siempre. Hasta que de pronto otra noche, poco antes de la escena del aeropuerto —la escena: mi padre junto al avión— contó que un día, siendo ya adolescente, despertó habiendo perdido toda memoria de su llanto. *Abrí los ojos*, contó, *y me olvidé de llorar*. Inclinó la cabeza y vio la silla de ruedas junto a la cama. Se levantó por sus propios medios; al pasar junto a la silla no recordó que para ir de un lado al otro necesitaba ese aparato. *Caminé hasta el baño, me desnudé, sentí mi piel bajo la ducha, me perfumé, me pinté, me puse espléndida*, contó. Eligió un vestido claro, de faldas amplias, sin mangas; en el espejo pudo ver cómo el color del vestido destacaba el brillo tostado por el sol de sus brazos y su escote. Bajó corriendo las escaleras, hamacando su pelo en cada salto. *Sonó el timbre cuando estaba por prepararme el café. En la puerta reconocí a los inspectores y entonces recordé que ya no habría más café*, contó. *Los inspectores siguieron todos los procedimientos y por último me preguntaron si seguía llorando. No sé les dije*, contó. *Eso significa que ya no recuerda y que su llanto ha cesado, dijeron*, contó. *Uno de ellos pidió permiso para sentarse y sacó varios papeles de su portafolios. Qué son, pregunté*, contó. *Los certificados de defunción, dijo*, contó. *Ah, dije, ¿dónde tengo que firmar?*, contó.

* * *

Nadie me obliga a ir a la estación antigua y a la plaza de la calesita, que me aburren. La zanja del fondo siempre muestra espumas y detergentes de segunda mano flotando en el agua negra. De los detergentes siempre me ocupo yo, por encargo secreto de mi padre. Después de una jornada en la calesita me siento capaz de transar con los enviados del mercado libre que, en ciertas noches especiales, escapan los procedimientos. Los enviados recorrían determinadas plazas ofreciendo harina de trigo francesa o tasajo alemán, quesos cordobeses o detergentes de segunda mano filtrados desde las demarcaciones de Berazategui o González Catán, en las afueras de la ciudad donde vivíamos. Los detergentes limpian, pero yo prefiero dedicarme a la zanja. En la zanja me entretengo con los renacuajos y las mariposas, los olores e insectos libres. Me gustan las burbujas sucias entre los pastos altos. Cuando llueve, el agua se limpia y corre y a veces puedo ver el fondo de latas y botellas. En la zanja todo cambia siempre, porque allí está el espacio sin fin.

Cuando estoy junto a la zanja me digo: nunca revelaré lo que cuentan las cartas sobre los secretos del tiempo estancado. No confesaré que la primera fue escrita durante los días iniciales de las guerras del otro pasado, y no es en realidad una carta sino un prólogo: es el que estoy escribiendo ahora bajo el título de *La escena* y que anticipa una historia que tal vez sea la explicación de otra historia. Durante mucho tiempo repetí sin entender las palabras alucinantes de la segunda carta. Ahora que por fin, gracias a la narración del llanto de mi madre, puedo descifrar su contenido, no cometeré la temeridad de transformarme en relator de las versiones de la historia que esa carta expone con pormenores escalofriantes. La tercera carta sólo contiene retazos de un libro de citas, que a su vez transcriben fragmentos de textos y palabras incomprensibles, algunas de las cuales puedo repetir aquí como mi madre repetía sus lágrimas: con los ojos secos.

Ese tambor de sangre es tu país. La historia visible no explica suficientemente los acontecimientos. Hay que imaginar la historia invisible. Es ilegítimo derivar "cosas invisibles" de las "cosas visibles". Pretender encontrar las causas mediante las apariencias es intentar explicar lo oscuro por lo más oscuro. Para eludir la responsabilidad de los verdaderos instigadores, la historia argentina adopta ese aire de ficción. El hecho americano es ignorado por todos: no tiene relatores. La estructura latente conforma la estructura manifiesta. La naturaleza de las cosas reside en la costumbre de ocultarse a sí misma. Todavía no sabemos; por eso contamos.[1]

Las cartas están debajo de un zócalo borrado, ocultas para todos. Aunque vengan, jamás las encontrarán.

Hay un sendero de pasto ralo que forma un espacio sospechoso entre los zócalos. El inspector mira. Pisa y retorna, pisa y retorna. Sigue de largo rumbo al fondo, pero enseguida vuelve: pisa y revuelve. Queda inmóvil un instante mientras piensa. Entonces otra vez pisa y frota, pisa y frota. Hace círculos con el taco en punta y nuevamente pisa y camina, frota, pisa y revuelve. Está en el sendero de pasto ralo y busca huellas, marcas o sinónimos.

Estoy seguro que nunca podrá encontrar las cartas escondidas ni pisar el zócalo borrado. He oído lejanas reminiscencias según las cuales antes —mucho antes, al fondo de la última napa del tiempo desaparecido, en el otro pasado— también había zócalos. Es el murmullo de una historia que personas especiales escucharon en ciertos tramos de las lomadas del Gran Buenos Aires, en la travesía por las rastrilladas. Yo no sé nada. Sólo estoy convencido que las cartas no serán jamás pisadas por los inspectores y que podré leerlas cuantas veces quiera mientras anticipo el regreso de la escena colosal —mi padre, mirándome, junto al avión: otra vez— y recapitulo las lágrimas narradas, atento a la escucha de mi madre y a las primicias que pronto serán anunciadas.

Los inspectores son amables cuando nos invitan a sentarnos en la cocina ante el mismo hule manchado donde noche a noche mi madre y yo jugamos a las cartas y ella construye su relato.

—Hable en voz baja; cuando le haga una señal, cambie y hable en voz alta. Diga lo que quiera.

Es maravillosa la voz de mi madre. Escucho el susurro hondo, el grave y lento silabeo, y la articulación plena. Cuando habla, mi madre no esconde su garganta, sino que la despliega y modula —a su garganta, no a la mera voz que sólo es su manifestación, su resultado inefable— en la ascensión de cada frase y pausa, letra y acento, y en la resonancia murmurada del sonido. Siempre me ha emocionado esa voz y recién ahora entiendo por qué.

Los inspectores no detectan en mi madre ninguna tonada o puntuación sospechosa y no encuentran en sus palabras ningún vapor o ruido primordial de origen argentino. Tampoco descubren rastros, huellas, marcas o sinónimos en la voz de mi tío o en la mía.

Es una tarde clara y está terminando el otoño; hace frío.

Después de la partida de los inspectores, los tres nos sentamos otra vez en torno a la mesa de hule sucio. Hay un silencio. Finalmente pregunto:

—¿Cómo lo logramos? ¿Cómo nunca se dan cuenta?

Mi madre parpadea. Escucho otra vez la modulación de semitonos firmes: viene la primicia, y su voz es maciza.

—Estoy enterada que pronto van a disponer el regreso de tu padre. Ni siquiera él lo sabe; tampoco los inspectores.

Alcanzo a darme cuenta que esa mujer tiene amigos capaces de anticiparle cierta deriva secreta de los días y de retener para ella, confidencialmente, la mezcla de los sucesos. Esa idea me entusiasma. Mientras miro y escucho a esa clase de mujer —pequeña, astuta en su higiene— comienzo a imaginar cómo ubicaré en su sitio cada uno de los colores, volúmenes y sonidos de las noches insomnes que nuevamente vendrán a la espera de la estampa invencible que muy pronto mi padre, junto al avión, me entregará para siempre. Por ahora eso es todo lo que sé.

(1) Madariaga, Francisco, *El pequeño patíbulo*, en *El tren casi fluvial*, pág. 41. Palacio, E., *Historia Argentina*, pág. 22. Enesidemo, versión, *El que mira cuidadosamente*, pág. 456. Scalabrini Ortiz, R., *Política británica en el Río de la Plata*, págs. 62 y 10. Heráclito, fragmentos 54 y 123, en Dick, Philip, *Aquí yace el Wub*, pág. 409. Onetti, Juan C., *La novia robada*, pág. 10.

EL LOCO DE LOS MEDANOS

6. El juicio perdido

Por Guillermo Saccomanno



Pueblo chico, infierno grande, me dicen.

Fernando Stolis tiene cincuenta años y hace más de veinte que está en la villa. Ex actor, panadero y dueño de Las Cortaderas, una de las primeras casas de té y repostería europea de la villa, me ha contado lo que lo ayudó el Viejo cuando él y su mujer llegaron a la villa. No sólo conoció al Viejo, sino también a muchos de los pioneros. *Mirá* —me dijo cuando yo empezaba a escribir esta crónica—, *lo mejor es que leas el libro de Rosemarie, la hija del Viejo. Y después que vayas a charlar con ella. Vive en el Acacial, al sur. Tiene un camping. Si querés te llevo,* se ofreció.

Los últimos días de diciembre fueron grises y fríos. Y aguaron, literalmente, las expectativas de los primeros turistas. Y esa tarde, en la camioneta de Nando, hacia el sur, dejando atrás el asfalto y avanzando por el camino de tierra y arena tuve la impresión de que éste era un viaje en el tiempo: hacia donde íbamos el paisaje era como había sido la villa en sus orígenes. Médanos, matorrales, una arboleda. Rosemarie vive alejada del pueblo, en una casa frente al mar a la cual se llega después de unos caminos caracoleantes entre acacias y arbustos. Es una mujer de más de cincuenta años, rubia, enérgica. Salió a recibirnos con una solera blanca, inmaculada, de look hippie. (Ella pronuncia hippie en inglés. Viajó a San Francisco y la India.) Tenía un collar de aguamarinas. Y andaba descalza. *Mi padre fue un hippie,* —dijo—. *El primer hippie que llegó aquí. Y a su manera era medio socialista. Pero con visión comercial además de espíritu social,* dijo. En el living enorme había un gran árbol de navidad. Había sillones, una biblioteca y un mueble con plantas. Por una de las ventanas se veía la arena, la vegetación de un médano doblada por el viento, el mar acerado bajo un cielo otoñal. Rosemarie fumaba un cigarrillo tras otro. Nos sirvió café. Sentados a la mesa, conversamos sobre aquello que podía haber dejado fuera del libro. Esta es la transcripción de algunas anotaciones que hice esa tarde.

—Macanas —dijo Rosemarie—. Acá no hubo ni transmisor ni submarinos. Mi padre fue un hippie. El primer hippie que llegó aquí. Y a su manera era medio socialista. Pero con visión comercial además de espíritu social. Era un hombre especial. Y vivir con él no era fácil. Cuando nos regalaba algún libro era de Constancio Vigil. Vida espiritual. Bubi y yo éramos chicos. Y no nos llevábamos bien con Emilia. Cuando llegaba algún caramelo, mi padre lo secuestraba. Los caramelos hacían mal a los dientes, decía. Y después se lo comía Emilia. A veces, delante de ella, revisaba álbumes viejos, fotos de familia, de celebraciones, donde estábamos todos juntos con mamá, antes de la separación. Y entonces él decía: "Estas sí que eran felices épocas". Delante de Emilia lo decía. Mi padre tenía esas cosas. Era duro. Pero nazi no. Nazi no era. Todos los que venían aquí tenían un pasado. Eran gente con pasado. Mi papá —Rosemarie dijo "mi papá", tal como lo escribió en su libro —no les preguntaba por su pasado. Le bastaba que estuvieran dispuestos a trabajar y mirar hacia adelante. Es cierto que odiaba el alcohol, el tabaco y el juego. Aunque me enseñó a jugar al ajedrez. El ajedrez era un juego instructivo, decía. Y cuando yo era grande, adolescente, le confesé que fumaba y no quería hacerlo a escondidas. Se lo conté una noche, mientras jugábamos al ajedrez. Le mostré los dedos, amarillos por la nicotina. Aceptó que fumara. Uno solo, mientras jugábamos al ajedrez. Pero noches después no aguantó más. Y de golpe agarró el cenicero y lo tiró con furia a un costado, volcando el tablero y las piezas. Tal vez porque mi padre fue como fue, yo soy tan mamenga. Y estoy siempre encima de mis hijos, de mis nietos. Papá era terrible. Pedía ayuda pero le embromaba hacerlo. Y después terminaba odiando a quien lo había ayudado. En el fondo, mi papá era un gran inseguro. Bubi sufrió mucho con papá. ¿De qué murió Bubi? De un paro cardíaco. Escribir ese libro me sirvió. Me ayudó a elaborar todo, a quedar tranquila. Porque fue una catarsis. Me pasé mucho tiempo grabando, pasando en limpio. Y ahora estoy en paz.

Nando, con cautela, pudoroso, se atrevió a preguntarle sobre el juicio de insanía. "Para qué él tenga una información más cierta de lo que pasó", dijo, haciendo un gesto que me comprendía. Y en la mirada de Rosemarie hubo cierta ironía penetrante, como la confirmación de una sospecha.

—Ya me parecía raro que no me lo hubieras preguntado antes —me dijo—. No fue un juicio exactamente. Papá estaba viejo. Y a veces firmaba papeles que lo perjudicaban. Entonces nos reunimos con mis hermanos, todos mis hermanos. Queríamos que hubiera alguien a su lado cuando firmaba papeles.

En su libro, Rosemarie escribió que en esos últimos años, en el entorno de su padre "los chacales estaban de fiesta".

—Los chacales —me dijo—. No doy nombres. No te lo puedo decir. Si hubiera podido probarlo, lo habría puesto.

Le pregunté si su padre tenía amigos.

—Amigos —dijo—. No, papá no tenía amigos.

De los hijos del Viejo Gesell —Roberto Sirio, Juana Mariana, Ursula Waltraut, Carlos Silvio (Bubi, el fallecido), Rosemarie y Tomás Leonardo, sólo sus hijas Rosemarie y Juana viven en la villa.

Juana es rubia, como Rosemarie, pero parece Mayor. Quizá no por ser la hija mayor del Viejo, sino porque su aspecto es el de una señora de sesenta años, una señora de su casa, serena, apacible y maternal. Está casada con Roberto Soria, un hombre de su edad o más, curtido, que fue administrador del Viejo. Soria, riéndose de su Parkinson, me estrechó su mano fuerte y áspera: *Estoy para tocar el piano yo* —me dijo—. *Si va a escribir la verdad sobre don Carlos* —me advirtió—, *es bien recibido. La verdad. No lo que dicen los libros.*

Paso en limpio algunas anotaciones que hice esa tarde en esa sala pequeña y confortable en que fui recibido por el matrimonio, sentado en un sillón, con una foto del Viejo Gesell detrás y arriba, en la pared. *El lo está escuchando,* me dijo Juana.

—Con mi papá nunca tuve problemas —empezó—. Y con doña Emilia tampoco tuvimos problemas. Hoy es normal que la gente se separe. No como entonces. En toda familia hay problemas. Nosotros queríamos a mi madre de una manera y a Emilia de otra. Se dicen muchas cosas de mi padre. Cuando se llega a donde él llegó, la gente siempre dice cosas. Nazi no era. Odiaba los uniformes. Y llegó a impedirle a uno de mis hermanos que se hiciera boy scout. Se dijeron tantas cosas de mi padre. Yo nunca estuve de acuerdo con ese juicio. Eso fue lo que lo mató. Ochenta y ocho preguntas le hicieron en el juzgado. Y ese asunto del dirigible que quería inventar fue una de las preguntas que le hicieron. Mi padre tenía proyectos para cien años más. Por eso quería hacer una villa nueva, para jubilados, en General Conesa. Después de que mi papá murió, consulté un abogado, un buen abogado. Y se probó que lo que se había hecho con papá había sido una injusticia. La Suprema Corte dictaminó que el juicio había sido apresurado. Se sentó jurisprudencia. Y salió en todos los diarios. Le puedo mostrar los recortes que tengo guardados. Dígame, ¿usted le haría eso a su padre?

JUEGOS

ENIGMA

Algunas de las familias que fueron al supermercado el sábado sufrieron pequeños percances. Deduzca qué sucedió.

		MARIDO					HIJO					PROBLEMA				
		Alejandro	Eduardo	Ernesto	Jorge	Néstor	Analía	Jorgito	Josefina	Sebastián	Sofía	Aceite	Detergente	Huevos	Latas	Vino
SEÑORA	Elsa															
	Fanny															
	Haydée															
	Laura															
	Sara															
PROBLEMA	Aceite															
	Detergente															
	Huevos															
	Latas															
	Vino															
HIJO	Analía															
	Jorgito															
	Josefina															
	Sebastián															
	Sofía															

1. Fanny y Jorge acabaron discutiendo acaloradamente.
2. Alejandro aseguró que nunca más saldrá de compras con el inquieto Sebastián.
3. Haydée reprendió a Jorgito.
4. Analía es amiga de la niña de Ernesto, pero no conoce al pequeño que rompió la botella de vino.
5. No fue la niña de Sara quien derramó el aceite, sino la criatura de Eduardo.
6. Néstor puso en el carro una pesada caja de champaña sin saber que su esposa había colocado dos docenas de huevos bajo una toalla.
7. Eduardo increpó al padre de Josefina tras resbalar sobre el detergente líquido derramado por la niña.
8. Por ayudar a su mamá Laura, Sofía tomó una lata de tomates de la parte más baja de una alta pila, que se desmoronó al instante.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Reza · Tonto · De color rosa · Cerveza ligera inglesa · Hierro del arado (pl.) · Dueño · Sobrino de Abraham · Hinchar con aire · De partes separadas · Cíclope más famoso · Oca · Cocinen a las brasas · Baile popular de Aragón · Río de Rusia · Jefe musulmán · Hombre valiente · Argolla de hierro · Esclavas del Sultán · (Estar en) Estar de moda · Cólera · Persona que arma

AYUDAS: Boga, Polifemo.

